

»En 27 de Febrero oyó misa en el templo de San Pedro, y se dispuso luego á ponerse en camino teniendo al efecto preparados cuatro coches y dos sillas de posta. En uno de aquellos, que era el único que llevaba seis caballos, debia ir él con monseñor Marcucci, vice-gerente de Roma, y monseñor Contisini, su limosnero. Al bajar á la plaza del Vaticano, el Papa encontró al duque de Moscovia, Pablo, que llegó á ser emperador, y que á la sazón viajaba por Italia con su esposa la gran duquesa, usando ambos respectivamente los nombres de conde y condesa del Norte. Después de los cumplidos de costumbre, el duque rogó al Padre Santo que aceptara un ropon cosido por la emperatriz Catalina, diciéndole que le serviría de mucho en Alemania, cuyo clima es mas ingrato que el de Italia. El Papa aceptó el regalo, dando muestras de quedar muy satisfecho.

»Como hacia mucho tiempo que los romanos no habian visto viajar á ningun papa, acudió á la plaza del Vaticano un inmenso gentío. En 5 de Marzo, Pio VI llegó á Cesena, su patria, en donde dejando aparte la etiqueta, invitó á comer con él á sus parientes. Presentáronle el conde Zambeccari, senador de Bolonia y encargado de los intereses de España en las Legaciones, quien puso en manos del Papa una carta de su rey Carlos III, en la cual este escribió de su propio puño estas palabras: «Envidio al emperador la dicha que tendrá de ver á Vuestra Santidad en Viena. Mi deseo sería gozar igual dicha. Tendré una satisfaccion en que se cumplan los deseos de Vuestra Santidad.»

»Pio VI encontró en Bolonia al serenísimo infante Don Fernando I, duque de Parma, que acudió allí expresamente para ofrecer sus respetos al Papa. Era tanta la gente que se había apiñado al rededor de los carruajes, que los guardias apenas podian contenerla. Pio VI, cual en otro tiempo San Márcos, decia: «Dejad que se nos acerquen; no los apartéis.»

«Desde Bolonia el augusto viajero pasó por el camino de Cento á Ferrara, en donde le salieron al encuentro el cardenal legado Carafa y monseñor Mattei, que era entonces arzobispo, y que al regreso del Papa á Roma fué creado cardenal. Una hora después de su llegada, se presentó á Pio VI un guardia noble húngaro para decirle en nombre del Emperador que estaban ya dis-

puestas para alojarle las habitaciones del palacio imperial. Pio VI habia escrito que queria alojarse en la nunciatura. Su majestad preguntaba al mismo tiempo cuando llegaria el Padre Santo á Viena. El Papa respondió que pensaba llegar á esta ciudad el dia 18 en compañía del cardenal Carafa, legado en Ferrara, y de monseñor Mattei, cardenal *in petto* desde 1779. El Sumo Pontífice se embarcó el dia 10 en Lago-Scuro del Pó, en donde se hallaban preparados trece buques para trasportar la comitiva y sus equipajes.

»A la una de la noche el Papa desembarcó en Chiozza, en donde fué cumplimentado en nombre de la república de Venecia por los procuradores de San Márcos, Luis Manin y Pedro Contarini, quienes no le dejaron hasta las fronteras de la república. El Papa entró en el Brenta por el canal de Brontolo, y en el *Mira* encontró al patriarca Giovanelli, á quien hizo embarcar en su buque; desde allí costeó la ciudad de Venecia, en donde prometió que se detendría á su regreso. Los obispos del país y el cuerpo diplomático residente cerca del Dux pasaron á Mestre á ofrecer sus homenajes á Pio VI.

»En 14 de Marzo de 1782. Su Santidad entró en Goritz, en donde encontró al conde de Cobetzel, vice-canciller de palacio que por encargo del Emperador salió á recibir al Papa, para que se le tributaran todos los homenajes debidos á su sagrado carácter.

»El dia 17 el Papa llegó á Leoben, en donde le recibió la archiduquesa María Ana de Austria, que á propósito habia ido allí desde su residencia abacial de Clagefurt.

»El 22 de Marzo el Emperador, á pesar de hallarse con una fluxion de ojos, salió al encuentro del Papa á dos leguas de Newstad con el archiduque Maximiliano, y al verle bajaron ambos del carruaje y se acercaron al del Papa para ayudarle á apearse. El Sumo Pontífice abrazó al emperador estrechamente, sin darle tiempo de que le hiciera ninguna manifestacion respetuosa, y le habló con amable franqueza. El Emperador invitó al Papa á subir á un carruaje de dos asientos que allí habia: subieron, y el Emperador se sentó á la izquierda del Papa por atencion á su augusto huésped. En Newstad ofreciéronse refrescos al Papa, y luego se continuó la

marcha por el camino de Viena entre dos murallas de un gentío inmenso, y de mas de dos mil carruajes llenos de las personas mas escogidas de la capital.

»Al apearse el Papa en el palacio del Emperador, en donde estaban ya preparadas para hospedarle las habitaciones de Maria Teresa, José le presentó el príncipe de Kaunitz, diciéndole: «Este es nuestro gran canciller de palacio y de Estado,» á lo cual respondió el Papa: «Nos complacemos mucho en verle al lado de vuestra majestad.»

»En esta respuesta aunque fria, no se ve falta de atencion. Algunos autores pretenden que Pio VI habló al príncipe de sus muchos años, y que le puso la mano en el hombro diciéndole algunas palabras que no pudieron entenderse bien. Pio VI tenia mucho talento, y como iba á negociar con un ministro poderoso, es de creer que, animado como siempre de un espíritu conciliador, no suscitaria desde el primer día obstáculos para llevar á feliz término los asuntos de que iba á tratar.

»El emperador condujo á su huésped á las habitaciones que le estaban destinadas, las cuales comunicaban con las del emperador, de modo que ambos soberanos podian verse siempre que quisiesen sin que nadie lo supiera. Llevóse luego al papa á una tribuna de una de las capillas de palacio, en la que desde aquella mañana se habia expuesto el Santísimo Sacramento. En el instante en que aparecieron el Sumo Pontífice y el emperador y los altos dignatarios del sacerdocio y del imperio, entonóse un solemne *Te-Deum*.

»Toda la Europa tenía las miradas fijas en Viena, y en todas partes se esperaba con avidez saber el resultado de las negociaciones del Papa quien habia emprendido un viaje penoso atendidos sus años y lo crudo de la estacion que reinaba.

»Mucho se habló entonces, mas es lo cierto que no ha llegado á saberse nunca lo que pasó; pero sí pudo observarse que las reformas emprendidas, aún las mas radicales, no se suspendieron á pesar de los agasajos que el emperador hacia en público al Papa y hasta túvose noticia de que el emperador dirigió amenazas por escrito á todos aquellos que se negaron á publicar sus órdenes referentes á las religiones, sufriendo especialmente mas serias re-

preensiones el obispo de Goritz, el conde de Elding y el intendente de la provincia de Carniola.

»Por su parte el Sumo Pontífice, constante defensor de los derechos de la Santa Sede, no vaciló en publicar un breve muy severo, que es el único que expidió desde Viena, en el cual con franqueza apostólica reprendió al obispo de Brünn en Moravia por haberse arrogado la facultad de abrir los monasterios de monjas, las cuales al salir de ellos quedaron sin saber donde acogerse, viéndose precisadas á mendigar un asilo, y de absolver de la observancia de las reglas de la Orden á los religiosos cartujos.»

»Hemos seguido la narracion de Montor. ¿Y qué consiguió el Papa con su viaje á Viena? Puede comprenderse por lo que el mismo Pontífice escribia á su sobrino Luis Braschi, cuando á su regreso se hallaba en Bolonia: «Hemos conseguido del emperador cuanto podíamos apetecer, y á mas, hemos suprimido el juramento prescrito á los obispos de sus estados, á los cuales hemos concedido la facultad de dispensar los impedimentos matrimoniales hasta el tercero y cuarto grado, y tambien los de un parentesco mas próximo, con la obligacion, empero en este último caso de pedir nuestro consentimiento. Hemos conseguido que se hiciesen algunas modificaciones en lo que respecta á los monasterios de religiosos de ambos sexos y á la tolerancia de religiones; en suma, nuestra permanencia en Viena ha sido muy provechosa á los intereses de la Santa Sede, de suerte que no podemos menos de felicitarnos de haber emprendido este viaje.

»El pueblo de Viena se congratulaba por la presencia del Sumo Pontífice y continuamente acudian numerosísimos grupos en demanda de la bendicion pontificia que Pio VI otorgaba en seguida con el mayor amor. Mas de un mes permaneció el Papa en Viena y se calcula en mas de ciento veinte mil las personas que acudieron á presenciar su partida. La despedida del Papa y el Emperador fué afectuosísima; ambos salieron en un mismo coche, separándose en Maria Brünn. El emperador hizo á Pio VI riquísimos regalos y el Papa le dejó otros no menos considerables.

»Apenas se supo en Alemania que el Papa iba á Viena, salió á luz un libro titulado: *¿Que es el Papa? ¿Quid est Papa?* Indudablemente este libro fué escrito con el objeto de disminuir la venera-

cion que los fieles profesan al Vicario de Jesucristo, pero á pesar de este débil esfuerzo, Pio VI fué aclamado por do quiera que pasaba, siendo por todas partes objeto de la mas profunda veneracion.

»El libro impio *¿Quid est Papa?* procuraba persuadir, que los demás obispos *no son menos llamados que el papa al gobierno de la Iglesia, ni tienen menor potestad; y que Cristo quiso que la Iglesia se administrase á modo de república, habiendo un presidente para el bien de la unidad, pero tal que no se atreva á meterse en los asuntos de los otros que gobiernan. Con todo, añade el autor, el presidente tiene el privilegio de exhortar á los demás á que cumplan con sus cargos, y la fuerza de primacia consiste en esta prerogativa: á saber, en suplir la negligencia de los otros, y atender á la conservacion de la unidad con exhortaciones y con ejemplos. Dice tambien que los papas nada pueden en las diócesis de los otros, sino en algun caso extraordinario.* Pio VI, despreciaba este libelo durante su viaje á Alemania. Pero viendo despues que se traducia en varias lenguas, hasta en griego, creyó preciso condenarle, como lo hizo por la constitucion *Super soliditate*, de 28 de Noviembre de 1786. En ella dice el papa, *que es dogma católico que San Pedro fué por especial prerogativa escogido por Cristo entre los demás apóstoles, para ser el príncipe del coro apostólico; y que recibió de Dios el supremo cuidado y autoridad de apacentar todo el rebaño de la Iglesia, de confirmar á los hermanos, y de atar y desatar en todo el orbe, con la circunstancia de haberse de prorrogar estos cargos y facultades en sus sucesores en todas las edades.* El Papa cita la autoridad de los santos Padres, de los concilios generales y de los sabios de todas las edades.

»Gran disgusto causó á Pio VI, la desavenencia que se suscitó con los electores eclesiásticos del Imperio con motivo de la nueva nunciatura de Baviera. En Munich no habia nuncio apostólico; y por esto los tres nuncios de Viena, de Lucerna ó Helvético, y de Colonia, cuidaban cada uno en su distrito de los asuntos que ocurrian en los estados de Baviera y alto Palatinado. El elector bávaro-palatino solicitó que el papa enviase un nuncio á su córte para que sus vasallos no tuviesen que acudir fuera de sus dominios. Despues de un maduro exámen condescendió Su Santidad.

Manifestaron mucho sentimiento los electores de Maguncia, de Tréveris y de Colonia, y el arzobispo de Salzburgo. Quejáronse al papa, acudieron al emperador, celebraron por medio de diputados un congreso muy secreto en Ems, y tomaron varias medidas, no solo para impedir la nueva nunciatura, sino tambien para cortar de una vez las facultades de los demás nuncios del papa, pretendiendo que no hiciesen mas en las córtes, que los embajadores de los demás soberanos. A este fin escribieron los cuatro á Pio VI, suplicándole, que para el bien de la paz, condescendiese en la abolicion de las nunciaturas apostólicas, y el papa á fines de 1789 les respondió con una erudita disertacion sobre las nunciaturas.

En ella demuestra que en la de Munich no se erigió nueva jurisdiccion, ni hizo mas la sede apostólica que quitar á los nuncios de Viena, Lucerna y Colonia, parte de la jurisdiccion que solian ántes tener, y darla al nuncio de Munich, á solicitud del soberano temporal; y en esto no cabe duda de que el papa podia hacerlo, ni de que convenia. Hace memoria Su Santidad de algunas novedades que intentaron hacer aquellos cuatro prelados, y se extiende en la relacion de todo lo ocurrido, para hacer ver que por su parte procedió con gran moderacion y espíritu de paz. Trata despues en general de la potestad que tiene el papa para enviar nuncios; y trata de probar que no solo puede enviarlos extraordinarios en casos que lo sean, sino tambien ordinarios con jurisdiccion permanente. Demuestra que es antiquísima esta práctica; y entra á examinar las facultades que en el siglo V se concedian á los nuncios ó vicarios apostólicos del Ilírico. En cuanto á la jurisdiccion voluntaria, observa que se les daba comision para visitar iglesias: para inquirir sobre la conducta de los obispos, y en especial sobre la idoneidad de los electos, y aprobarlos: para ordenar á los metropolitanos, y darles licencia para salir de sus provincias: para convocar concilios, con la condicion de enviar las actas á la silla apostólica, y de esperar la decision pontificia, siempre que el vicario apostólico no se conformase en el modo de pensar con los obispos; y en fin, para informar al papa del estado de las iglesias.

»En cuanto á la jurisdiccion contenciosa manifiesta Su Santi-

dad que la tenían para conocer en primera instancia de las causas mayores, de las que se suscitaban entre obispos, y aun de todas las que se movían contra algún obispo. Añade, que el vicario apostólico del Ilírico podía asociarse en el juicio algunos obispos de la provincia, los que quisiese; y podía también cometer algunas causas á otro delegado suyo, que conocía también de muchas por apelación; y que las que debían llevarse á Roma, iban por conducto, y con informe del vicario ó nuncio. Va siguiendo después el Papa la historia de las nunciaturas hasta este tiempo, en especial en Alemania; y trata por incidencia de varios puntos importantes, como de la bula del Papa á favor del elector palatino, para exigir un diezmo de los bienes eclesiásticos de sus dominios, de unas dispensas de impedimentos de matrimonio, que pretendieron conceder algunos obispos de Alemania, y de la fuerza de algún decreto del concilio de Basilea.

»Con motivo de estas disputas se publicaban todos los días en Alemania nuevos escritos por una y otra parte; y las más veces se adoptaban sobre las facultades del Papa opiniones poco lisonjeras á la corte de Roma. Y lo que más llenaba de amargura á Pio VI era verlas sostenidas y puestas en práctica en el centro mismo de la Italia. En el mes de Enero de 1786 el gran duque de Toscana Pedro Leopoldo dirigió una circular muy notable á todos los obispos de sus Estados. Manifestaba en ella vivos deseos, de que nuestra sagrada religión se restableciese en la antigua sencillez, perfección y esplendor: les enviaba una larga serie de proposiciones dirigidas á tan importante fin, las cuales aseguraba haber apuntado él mismo, según le iban ocurriendo, y encargaba á cada uno de ellos, que medio año después se las devolviesen, manifestando sobre ellas libremente su modo de pensar, sin atender más que á la salud de las almas, y restablecimiento de la sana doctrina y disciplina de la Iglesia. Prevenía también que deberían después aquellas proposiciones ó puntos, someterse á la discusión y decisión de los sínodos en las diócesis respectivas.

»La lectura del extracto de estas proposiciones disgustó sobremanera á Pio VI, pues si bien en ellas se demuestra un buen deseo de la mejora de las costumbres y de la pureza de la doctrina de la Iglesia, se proponían grandes mudanzas sin contar para nada

con la cabeza de la Iglesia, lo que podría llevar á consecuencias muy funestas.

»El sínodo de Pistoia, vino también á amargar los días de Su Santidad quien le condenó por la bula *Auctorem fidei*. De este sínodo nos ocuparemos á su tiempo.

»Todo hacia creer que Pio VI pasaría tranquilamente el resto de su Pontificado; pero desgraciadamente no fué así. La revolución de Francia dió lugar á otras guerras que llegaron á Italia y los ejércitos enemigos entraron en los Estados pontificios. El rey de España sintió vivamente este acontecimiento y envió al arzobispo de Toledo con otros dos prelados para que en su nombre asistiesen al Santo Padre, el cual se vió obligado á salir de Roma. El día 20 de Febrero de 1798 se le obligó á emprender el viaje á pesar del rigor de la estación. Fué á Sena y de allí le hicieron pasar á Florencia, hospedándose en el monasterio de los padres cartujos, donde merced á la tranquilidad y sosiego que allí se disfrutaba, pudo dedicarse con algunos sabios teólogos á trabajar sobre los medios de concluir con los males que afligían á la Iglesia. Estando allí abolió varias leyes relativas á la elección de Papa, ordenando que cuando ocurriese su muerte se eligiese el sucesor en cualquier lugar en que hubiese seguridad.

»A últimos de Marzo de 1799 se le obligó á salir de Florencia, y se fué á Parma. Allí tuvo el gran disgusto de que las imperiosas circunstancias de aquellos melancólicos tiempos privaron al duque del consuelo que hubiera tenido en conceder en sus estados un asilo á la dignidad, á los años, y á las virtudes del respetable Pontífice. Con más prisa de lo que permitían su edad y achaques, le hacen pasar por Plasencia y por Turin, sin detenerse hasta Brianzon; y poco después le llevan á Valencia del Rhódano ó del Droma. Fueron muy extraordinarias las demostraciones de afecto y de veneración que hicieron á Su Santidad, no solo los pueblos de Italia, sino muy particularmente los de Francia. Un inmenso concurso de gentes de todas clases, edades, y sexos llenaban los caminos del tránsito, para tener el consuelo de verle una y muchas veces: unos querían llevarle en hombros, muchos se arrodillaban en señal de respeto, y todos en alta voz le pedían la bendición. La entrada en los pueblos parecía de triunfo. Así se